

para allanar el terreno y rodearlo de palacios. Consternáronse al oír semejante noticia algunos argelinos; pero otros, que se creían mas entendidos, la consideraron como un absurdo irrealizable, diciendo que ninguna fuerza humana podia destruir aquel gran edificio, porque el Profeta lo tenía profundamente clavado en la tierra con sus santas uñas. Los franceses abrieron una mina y volaron en pocos instantes la mezquita. Al ver los argelinos tal suceso, se quedaron asustados, y recorriendo las calles con los ojos empapados en lágrimas, decían que los infieles habían roto por arte mágico las uñas al Profeta.

Muchos mahometanos, tanto en Argel como en otros puntos de Turquía, han comenzado á adoptar hoy el traje europeo á excepcion del sombrero, cuya sola vista les causa horror, porque lo consideran como un distintivo de los cristianos y un objeto digno de reprobacion.

En la época de la conquista, algunos franceses, apenas llegados, tomaron á su servicio árabes indígenas, y quisieron obligarles á vestirse á la europea. Unos se negaron, otros se avinieron á complacer á sus amos; pero tuvieron que impetrar el auxilio de la policia contra el populacho, que intentaba matarles, diciendo que injuriaban al Profeta, gastando sombrero como los infieles sus enemigos y blasfemos. Entonces los franceses, á fin de apaciguar los ánimos, permitieron á todos sus criados conservar el antiguo traje.

Mahamud II, emperador de Constantinopla y padre del Sultan que ocupa hoy el trono, dotado de ingenio no vulgar y amante de los francos (1), queria introducir las costumbres europeas en su capital, y esperando que primero su corte y luego el pueblo no dejarían de imitarle, vestía casi siempre de gaban blanco y gastaba sombrero. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos, y lejos de lograr su intento, irritó al clero turco en términos, que le calificaba públicamente de hereje y enemigo del Profeta.

Mahoma prohibe en el Koran á sus sectarios representar en lienzo ó en mármol figuras de hombres ó animales; pero les permite adquirir estatuas y cuadros hechos por los infieles. Con efecto, en las grandes ciudades de Turquía, y principalmente en Constantinopla, las personas ricas y despreocupadas compran estos objetos de bellas artes. En el antiguo Argel, sumido en la barbarie y la ignorancia, no sucedía lo propio; y en los primeros años, posteriores á la conquista, los indígenas, mas escrupulosos observadores de su ley, entraban con una especie de recelo en las casas habitadas por europeos, porque temían contagiar su vista é incurrir en la desgracia del Profeta mirando alguna estatua ó pintura (2).

Los franceses han puesto en inmediata comunicacion la capital de sus dominios de Africa con todas las demás ciudades de la antigua regencia, construyendo ferro-carriles, que facilitan y dan cada dia mas estension al comercio interior. Pasando de uno á otro país, se encuentran durante el camino fondas y albergues que abundan en todo género de comodidades como los de nuestra Europa. En Argel los franceses han construido también un puerto, útil para el comercio exterior; pero no pone los buques al abrigo de

las grandes tempestades ni de los vientos muy recios, que en los meses de invierno agitan los mares de las costas de Africa, ordinariamente borrascosos.

En Argel hay casi siempre dos compañías de ópera; una italiana y otra francesa, y desempeñan sus respectivos papeles actores de mucho mérito y muy acreditados en Europa, por haber dado repetidos testimonios de su habilidad y talento artísticos.

Medeah y Blidah ciudades fronterizas al Desierto, se hallan muy espuestas á las incursiones de las tribus árabes, que viven sumidas todavía en completa barbarie, y odian sobremanera al gobierno francés, como lo han dado á conocer también hoy, luchando con desesperacion contra los franceses. Pero sus esfuerzos han sido y serán siempre vanos, porque esos árabes, aunque feroces, ignoran la táctica militar, marchan desordenadamente á la pelea, no tienen jefes experimentados ni generales, son en número reducido frente á frente de las tropas europeas, y no tienen mas en su abono que el valor y la ferocidad.

Los habitantes de las grandes ciudades de la Argelia, y principalmente los que pertenecen á una generacion nueva, son todos partidarios del gobierno francés y recuerdan con horror los actos despóticos y las inauditas crueldades de sus antiguos deyes: muchos jóvenes, hijos de indígenas, conservan todavía para complacer á sus deudos el traje turco; pero no dejan de alimentar el ardiente deseo de vestirse á la europea. El hijo de aquel Ibrahim-Mustafá, que acompañó á su padre hasta Paris, como queda consignado arriba, me dijo muchas veces en Argel: «Mi padre es muy beato, y tan adherido á nuestras antiguas costumbres, que ni siquiera me permite gastar medias; pero si llego á quedarme libre quiero ser francés y no turco.» Es de advertir, sin embargo, que en todos los países mahometanos, como Argel, y que en el mismo Constantinopla, muchos de cuyos habitantes se educan en Paris ó Londres, las mujeres son consideradas siempre por los hombres como esclavas; pero semejantes á las piedras preciosas, que celosamente se guardan para que no sean presa de la codicia ajena.

Pregunté en Argel á algunos árabes, hasta cierto punto, despreocupados, porqué á las mujeres turcas no se les permitía presentarse en público sin velo cuando iban al baño. Todos me contestaron uniformemente, que esta costumbre era la mejor de las precauciones contra la reciprocidad de las simpatías, que traen consigo muchos inconvenientes. «Si una de nuestras mujeres, me dijeron, ve á un hombre y su figura le agrada, éste quedará indiferente, porque el velo le impide descubrir sus facciones, y no habrá aquella reciprocidad de simpatías que allana el camino al amor.»

Hoy en toda la Argelia hay abundancia de víveres; comienzan á cultivarse muchos terrenos desiertos ó poblados de abrojos y espinas; el comercio adquiere cada dia mas movimiento y estension, y nacen varios ramos de industria. Pero la Francia se verá obligada todavía á desembolsar sumas muy cuantiosas en abono de esa gran colonia. La guerra contra Abd-el-Kader costó inmensos tesoros, y yo, que á la sazón servía á la Francia en Argel, puedo decir á los lectores, que en esa época aciaga y fatal no había en toda la antigua regencia comercio ni industria, ni posibilidad de cultivar los terrenos, porque los beduinos, capitaneados por Abd-el-Kader prendían fuego á las mieses, talaban los campos y avanzaban de noche hasta las puertas de esta ó de la otra ciudad. Con efecto, muchas veces se oía tan cerca de Argel el estampido del cañon, que se mandaba tocar la gene

(1) Los turcos dan este nombre á todos los europeos.

(2) Mahamud II, cuyo nombre concen ya los lectores, se hizo retratar sin cuidarse del Koran que lo prohibe; pero este hecho, que hasta entonces no había tenido ejemplo, irritó en gran manera á los musulmanes, y principalmente al mufti, que es su papa.

rala para ponerse las tropas sobre las armas, y marchar á las inmediaciones de la capital.

El cólera, que invadió con violencia toda la Argelia poco despues de la conquista, y la guerra contra Abd-el-Kader, produjeron tantos estragos, que toda el Africa francesa se vió sumida en un piélago de inesperadas desventuras; y otra potencia cualquiera, menos rica que la Francia, habria abandonado tal vez la nueva colonia. El aspecto de Argel, durante el cólera, causaba horror y piedad: veíanse por do quiera casas arruinadas y otras próximas á desplomarse, montones de cadáveres sobre carros fúnebres, niños que recorrian las calles gimiendo y buscando á sus padres, que acababan de bajar al sepulcro, hombres y mujeres que morian en el fondo de miserables viviendas sin auxilios ni recursos.

En 1840, Argel comenzaba á renacer de sus propias cenizas como el fénix; pero á consecuencia de la guerra contra Abd-el-Kader y los beduinos, que lo destruian todo, la antigua regencia carecia de toda clase de productos industriales. La proveía de carnes la Cerdeña, de vinos Marsella, de frutas España, de aceite Túnez, y para comer escasamente una sopa y un asado no bastaban doce reales.

Habiéndose hablado y escrito mucho de la conquista de Argel en 1830, así que nadie ignora hoy todos sus pormenores, nos parece ocioso reproducirlos en estas columnas, nos limitaremos, pues, á referir un hecho histórico, que han pasado por alto todos los escritores franceses, con ánimo, tal vez, de atribuir únicamente á sus compatriotas el honor de la conquista.

La toma de Argel ofrecia grandes obstáculos, porque sus playas no tienen fáciles desembarcaderos, y por la parte de tierra hay desiertos estensos é intransitables. Los franceses, que arrostran siempre con denuedo y noble atrevimiento los riesgos mas graves, se habrian apoderado por último de Argel, pero á costa de muchos sacrificios y con la pérdida de una multitud de valientes. Un genovés, que acompañaba la expedición y conocia perfectamente la topografía de Argel, porque habia llevado por el trascurso de largos años en buques mercantiles cargas de trigo á esa capital de la regencia, se presentó al almirante, y le dijo que la toma de Argel no era sumamente difícil, porque detrás de la montaña, sobre cuya pendiente está edificado, habia una vereda llamada la *Chicara*, por donde los soldados arrastrando con cuerdas los cañones, podian trepar hasta el *Cahasaab*, y que llegados á esa grande altura, se les quedaria sometida la ciudad en términos que sus habitantes se verian bajo el fuego de la artillería francesa, sin medios de defensa. Entonces el almirante puso una parte de la escuadra bajo las órdenes del genovés, y á fin de que los argelinos no penetráran el gran secreto, mandó que la otra quedase en actitud hostil poco distante de Argel. Los expedicionarios, guiados por el genovés, verificaron el desembarco, y llegados al *Cahasaab* comenzaron á arrojar bombas y metrallas sobre la ciudad. Los argelinos, reunidos en gran multitud á orillas del mar, oyendo á sus espaldas y tan de cerca los cañonazos que venian de lo alto, abandonaron la costa con ánimo de oponer una vigorosa resistencia á las fuerzas francesas; pero se vieron oprimidos por una lluvia de bombas; diezmados por la metralla, y en la imposibilidad de rechazar á un enemigo que, despues de haberse apoderado de todas las alturas, marchaba con seguridad sobre Argel. En tanto los soldados de la escuadra, que habia quedado en actitud hostil frente de la ciudad, desembarcaron tambien sin obstáculo, porque los indigenas se habian retirado; y al

cabo de pocas horas toda la capital de la regencia se vió inundada de soldados franceses victoriosos. En el *Cahasaab* habia una gran fortaleza, llamada *Fuerte Imperial*, guarnecida de argelinos y provista de municiones de guerra; pero los franceses no se vieron en la necesidad de sitiartla, porque se incendió su almacén de pólvora y quedó enteramente destruido.

El dey, conociendo que era ya inútil toda resistencia, mandó comisionados al almirante, los cuales le dijeron que su señor daría á la Francia todas las satisfacciones que exigiera, que otorgaría á los franceses sin límite ninguno todas las franquicias y exenciones que pidieran, y que les concedería todos los privilegios que desearan si se retiraban. El almirante contestó que sus instrucciones no le permitian entablar tratados de paz, que Argel era ya posesion francesa, y que el dey no tenia mas recurso, si queria salvar su vida, que entregarse á discrecion como prisionero de guerra.

Viéndose aquel bárbaro en tan grave apuro, y temiendo que sus mismos súbditos le matáran, se dió á los franceses, que le llevaron á Europa. Nadie ignora sus vicisitudes posteriores á la conquista ni su muerte.

Los berberiscos, que fueron en tiempos no muy remotos el terror de la cristiandad; esos pueblos feroces, que apresaban nuestros buques y cargaban de cadenas á los europeos; esos pueblos que dejaron tristes y desoladas muchas familias, robando á madres amorosas las prendas queridas de sus entrañas; esos pueblos se hallan hoy humillados y envilecidos bajo la dependencia mas ó menos directa de las grandes potencias europeas. La conquista de Argel por los franceses debemos considerarla como el venturoso preludio de una civilización nueva en todas las costas de Africa, y las regencias berberiscas que existen todavia (1), caerán oprimidas bajo el peso de su ignorancia y de sus respectivos gobiernos despóticos y tiránicos. Pero si los franceses han tomado ya la iniciativa en esta obra tan beneficiosa para la humanidad, ¿no es muy conveniente á los intereses de España cooperar á ella y continuarla? La posición topográfica de esta península, sus dominios sobre el Estrecho, el prestigio que ha adquirido hoy la España en Marruecos ¿no le prometen un porvenir feliz en Africa? No olvidemos que los romanos consideraron las costas berberiscas mas inmediatas á la Iberia como una de sus dependencias (2); no olvidemos que el león de Castilla aterró con sus rugidos por el largo espacio de ochenta años al de Orán; no olvidemos, finalmente, que todos los pueblos, que tienden hoy á reconstruir sus nacionalidades, consideran como empréstitos políticos y no como cesion perpétua los territorios que han perdido, y que pueden servirles de escala para realizar, andando el tiempo, proyectos útiles para su grandeza y esplendor. La España respeta la fé de los tratados; pero la Inglaterra no debe tampoco perder de vista las necesidades de la época, y así como ha permitido que las islas Jónicas formen parte del nuevo reino de Grecia, es de suponer que otros acontecimientos políticos la inclinarán á devolver á la España el gran Peñón bañado por el Océano.

SALVADOR COSTANZO.

(1) *Berberia* se deriva de la voz árabe *berber*, que significa *desierto*; y así como *berberiscos* es lo propio, que habitantes del Desierto, las regencias africanas han tomado el nombre de berberiscas ó regencias del Desierto.

(2) V. Segarra, *España Trasferrana*. Esta obra, que hoy se ha hecho rara, es muy importante y curiosa.

LA AMERICA TAL CUAL ES.

(Continuacion).

CAPITULO IX.

El Niágara.—Salvajes como se hallan en todas partes.—El Great suspension bridg.—Establecimiento de beneficencia fundado por un francés.—El Agujero del Diablo.—Excursion por debajo de la catarata central.—Origen de la cancion americana Yankee doodle.—Isla de la Cabra.—Un hombre anfibio.—La gruta de los Vientos.—Certificado de exploracion.—El acrobata Blondin.—El primero que puso el pie en la isla de la Cabra fué mi general.—Venganza de una mujer india.—Aventuras diversas de que el Niágara ha sido teatro.

Hay magnificencias de la naturaleza que no pueden pintar ni la pluma del escritor ni el lapiz del artista.

En la primer linea de los esplendores naturales es preciso colocar las caidas del Niágara.

¿Qué podriamos decir, qué dibujo podriamos presentar al curioso, que pudiese dar una idea, no ya completa, sino aproximada, de la sencillez de este espectáculo simpar, en donde lo bello se mezcla con lo terrible, que parece haber sido creado para mostrar al hombre, cuán pequeño y miserable es, y darle una saludable leccion de humildad? Es preciso haber visto esta página inspirada del gran libro del Criador y oido el estrépito de las aguas en ebullicion de esta formidable catarata, de estas *columnas del diluvio*, como dice el autor de la *Atala*, para comprender la posibilidad de un fenómeno semejante; así, cuando se le contempla, lo que no puede ser una sola vez, la impresion que se experimenta no se debilita nunca, tan por encima está el espectáculo de todo lo que la imaginacion puede sospechar.

La mirada del espectador sube y baja con una mezcla de espanto y de admiracion por aquellas vertiginosas corrientes que, una milla antes de las caidas, ruedan y precipitan sus aguas á razon de *noventa millones* de toneladas por hora, hasta el momento en que, impelidas por una fuerza irresistible, van á abismarse con el pavoroso estruendo de un rayo perpétuo en las aguas límpidas del rio describiendo un arco sublime.

El primer europeo que ha hecho constar esta admirable maravilla, fué un sacerdote francés, el franciscano Hennequin, que la vió hácia fines del año de 1678, sin que hagan mención de ello otros exploradores mas antiguos de aquellas regiones. Hoy, el aspecto tan grandiosamente pintoresco del paisaje, que servia de marco en aquella época al cuadro sonoro y movable de las cataratas, no está conocido; la civilizacion le ha transformado, metamorfoseando en jardines dibujados á la inglesa, los agrestes bosques, cubriendo con una ciudad de calles alineadas y casas confortables, las mesetas de rocas de la orilla americana, desde donde se precipita en polvo de agua el rio, que parece caer de las nubes.

Las caidas del Niágara (de la palabra iroquesa Nyakarra, que significa: el agua retumbando como el trueno) están formadas, como se sabe, por el rio de este nombre que enlaza los dos lagos Erié y Ontario.

El rio en este punto separa el Estado de Nueva York del Canadá.

La isla de la Cabra, que divide la caida abriéndola, produce así dos cataratas, de las que una ha tomado el nom-

bre de *Caida americana*, y la otra el de *Caida canadiana*, la mas admirable. Esta última es muy superior con relacion al volumen de agua, y para contemplarla en toda su majestad, es preciso, como hicimos nosotros, subir á la azotea del hotel Clifton, en donde estábamos alojados. Desde allí, ávido el ojo de las emociones nuevas que se le ofrecen, no puede arrancarse de la contemplacion. ¡La realidad sobrepuja con mucho todas las descripciones que yo habia leído! Y por lo mismo, he adquirido por mí la prueba de que, para juzgar bien del espectáculo, es preciso verle de muchas partes, contemplándole alternativamente desde la orilla americana y desde la canadiana. Esto es lo que hicimos nosotros bajo la inteligente direccion de Arturo, que antes nos hizo visitar las barracas de curiosidades con que ciertos especuladores indigenas y extranjeros han adornado las riberas escarpadas del Canadá. En algunas de ellas vimos animales feroces, especialmente osos y tigres, algunos de los cuales, se nos aseguró, habian sido muertos por los cazadores europeos que se constituyeron en sociedad en aquellos parajes hácia mitad del siglo XVII. De allí pasamos á las tiendas que tienen los indios para la venta de sus productos. Son estos objetos de fantasia en terciopelo bordado de perlas, zapatillas, petacas de corteza, cabelleras adornadas de lentejuelas, bastones de forma rara y armas mas raras todavia. Compramos algunos de estos para muestra, aunque despues descubrimos eran originales y fabricados por parisienses emigrados disfrazados de indios.

Enviamos por medio de un mozo al hotel los objetos que habiamos comprado, y nos encaminamos por la orilla del rio, que nos condujo de maravilla natural en maravilla industrial, de las caidas del Niágara al *Great suspension bridg*.

Este puente, increíble esfuerzo en cual se ha manifestado todo el atrevimiento del genio americano, está formado de dos pisos sobrepuestos á ocho metros de distancia el uno del otro. El puente inferior está destinado á los carruajes: por el superior pasan los trenes del camino de hierro de Nueva York, de el Erié y del Gran Occidental. Este doble puente no baja de 250 metros de longitud, y se balancea sobre las olas de la catarata á una elevacion que se calcula mayor que la de la Cruz del Panteon con relacion al suelo de las calles que la rodean. Pocas personas pueden dominar el vértigo que se apodera de los pasajeros por este puente digno de figurar en un cuento fantástico. Y lo es mas difícil aun cuando un convoy pasa por encima de vuestra cabeza, entonces el vértigo aumenta complicándose con un indefinible sentimiento de terror. Tuvimos la dicha de gozar de esta emocion que se buscaria en vano en otra parte. En el momento en que el convoy paró sobre el puente, creí que mi última hora habia llegado, y que el coronel, no escapando de su destino, seria precipitado en el Niágara con el que se lo habia aconsejado hacer. El doble puente se balanceaba horrorosamente, y nos hallamos entre el ruido formidable de la catarata y el del tren aumentado yo no sé por qué ecos infernales. Habia desaparecido ya el convoy á nuestra vista, y todavia estábamos bajo su influencia.

—Es una lástima, dijo el coronel, que habiendo cambiado el mareo las disposiciones de mi espíritu, yo haya renunciado á suicidarme. Verdaderamente que este es un sitio muy bueno para esto. Pero si por mí parte no le uso, tendré un verdadero placer en recomendarlo á mis amigos atacados de spleen.

—Estad seguro por lo menos, respondi yo á sir James, que despues de haberse arrojado desde este puente en el Niágara, vuestros amigos no os darán ninguna queja por haberles dado ese consejo.

Este puente único en el mundo, tanto por su dimension como por el sitio donde ha sido construido con trabajos infinitos coronados por el éxito mas completo, no ha costado, sin embargo, mas que dos millones y medio de francos.

Del puente suspendido, nos dirigimos á visitar un colegio especial, fundado por un francés para la educacion gratuita de cien jóvenes pobres. El generoso fundador de este establecimiento de beneficencia le ha dotado con una suma de 150,000 duros.

Desde allí fuimos al Agujero del Diablo. Es este un pre-

cipio de mas de 200 pies de profundidad y en el cual cae un arroyuelo llamado el Arroyo de Sangre, á causa de la sangre inglesa con que sus aguas fueron teñidas en un combate entre las tropas inglesas y las indianas y francesas durante la guerra de 1763.

En seguida nos volvimos á nuestro hotel, en donde hallamos, como en San Nicolás y como en todos los hoteles que visitamos en América, comodidad y elegancia unidas á una cocina mediana. Habia allí un número considerable de gentlemen y de ladies, los unos en traje de etiqueta, las otras escotadas.

La vida en el Niágara se compone de una serie de emociones de las que la menos viva seria un suceso solemne en cualquiera otra parte. A las emociones que habiamos



La gruta de los Vientos.—Dibujo de F. Lix.

experimentado debian seguir emociones mas originales, y tambien quiza mas profundas en nuestra visita por bajo de la catarata central, en la *Table Rock*, pasando por la gruta de los Vientos.

Eran las ocho de la mañana y el sol se elevaba radiante. Nada produce tanta alegría como el buen tiempo. El coronel estaba de un humor encantador, tan encantador que se puso á silbar el aire nacional americano: *Yankle doodle*.

—¿Sois músico? me preguntó sir James.

—Amo ese arte con pasión.

—¿Qué os parece este aire?

—Como aire patriótico, me parece detestable, pues no tiene ninguna de las cualidades del género. Como aire de cancioncilla vale mucho mas, y tiene la grave contra de

descansar, en segunda parte, sobre una originalidad dudosa.

—Es un aire de origen inglés.

—No me admira.

—Los ingleses lo cantaban durante la guerra de la independencia para burlarse de los americanos. Estos, picados en lo vivo, juraron adoptarla por un aire patriótico en cuanto quedaron hechos independientes. Es sensible que no se hayan contentado con su canto nacional: *Hail Columbia*. El Yankee doodle era antes de la independencia, un aire muy alegre.

Y el coronel le silbó de nuevo con ciertas variaciones de su composicion.

Arturo, que habia ido á hacer algunos preparativos para

nuestra excursión subterránea, llegó. Nos embarcamos en un bote que nos condujo de la orilla inglesa á la orilla americana. Una larga escalera de madera conduce á la cima de una roca desde donde la vista domina el río.

Para las personas que no quieran tomarse el trabajo de subir esta escalera, los americanos han establecido allí, como en el hotel de la quinta avenida, un omnibus aéreo que mediante una exigua retribución os lleva dulcemente



Caida del Niágara.—Dibujo de Thorigny,

al punto. Subimos en este ómnibus, queriendo gozar de todos los placeres del sitio. A nuestros piés hervía un largo torrente mientras que oíamos tronar la catarata á nuestra izquierda. Allí se halla un puente que nos condujo á la isla de la Cabra. ¿Cómo resiste esta isla, que se halla en

medio de las dos caídas, á un impulso tan poderoso? Es cierto que no resiste completamente, y que grandes pedazos de roca que se desprenden de tiempo en tiempo, hacen preveer que un día el torrente será dueño del terreno.

Bajamos del carruaje para subir una larga escalera que

nos condujo á la cabaña de un negro atleta, el guia de *Table Rock*. Este gran diablo africano, que tenia el aire de Pluton haciendo los honores de su imperio, nos hizo dejar nuestro traje y revestir por encima una camisa y un pantalon de lana encarnada, vestimenta de tela encerada. Despues nos adornó con un sombrero de forma estraña, cuyo borde se prolongaba por detrás hasta las espaldas. Despues que el negro nos hizo admirar los efectos del sol sobre la sábana de agua, lo que es de un efecto pasmoso, nos introdujo en la gruta de los Vientos por una escala fijada casi perpendicularmente á una de las paredes de la roca.

—Señores, nos dijo el guia, el aire es raro en este sitio, en donde penetra dificilmente á través del velo de polvo líquido que nos envuelve. Para respirar, haced como yo.

Y redondeó su mano ahuecándola, que llevó á la boca.

Le imitamos, pero, á pesar de esta precaucion, por mi parte sufrí por la rarefaccion del aire, y me pareció que el coronel y Arturo no estaban mucho mas cómodos. En cuanto al negro, verdadero animal anfibio, estaba alli como en su elemento y no parecia nada incómodo.

—¿Están los señores dispuestos á seguirme? añadió.

Cada uno de nosotros hizo un signo afirmativo.

Dominando nuestro malestar, aumentado por el frio producido, á pesar de nuestra vestimenta de lana por la polvareda de agua que, condensándose, corría en arroyitos por nosotros desde la cabeza á los pies, caminamos en una noche profunda y al ruido espantoso de las cascadas que resonaban como cien piezas de cañon, á través de los coladores de piedra y de agua, hasta la gruta de los Vientos.

Una mujer que ha visitado hace bastantes años la *Table Rock*, se expresa así:

«¡Cuán fútil debe ser toda tentativa para describir este sitio! ¡Cuán vanos deben ser todos los esfuerzos que se hagan para dar una idea de las sensaciones que produce, porque se goza un placer tan delicioso estando horas enteras mojado por el agua que se desprende de la catarata, y aturdido por su estruendo continuo, temblando del choque que conmueve la roca sobre la que están los pies apoyados, y respirando penosamente en la atmósfera húmeda, que parece contener menos aire que agua! Y sin embargo, es un placer, que creo casi el mas grande que mi en vida he tenido.

«Nos aproximábamos muchas veces á la entrada de aquella gruta horrible (la de los Vientos), pero yo jamás entré en ella completamente, aunque dos ó tres de mis compañeros tuvieron valor para ello. Me quedaba sin aliento, y experimentaba en el pecho un dolor tan cruel, que toda mi curiosidad no podia darme la fuerza bastante para soportarlo.

«¿Qué era la caverna de los Vientos de que nos hablan los antiguos, comparada con esta? El espíritu que aquí reina es mas poderoso que el de aquella.»

Si mistress Trollope hubiese tenido valor ó fuerza para penetrar hasta dentro de la gruta, no hubiese tenido que sufrir nada de la rarefaccion del aire, y hubiera podido, como nosotros lo hicimos, dar el mas amplio pasto á sus pulmones. El viento sopla como en tempestad eterna en aquella misteriosa morada, y esta tempestad proviene de los torbellinos de la catarata que aprisiona el aire en la gruta, haciéndole chocar violentamente en todos sentidos. ¡Qué espectáculo! sumergidos en el agua y en el viento, contemplamos durante algunos minutos el rio que se precipitaba por encima de nuestras cabezas como un cielo acuático.

—Señores, nos dijo nuestro guia, el sitio en que nos hallamos no es el punto estremo á donde se puede llegar. Un camino estrecho nos conducirá, si lo teneis á bien, marchando sobre guijarros movedizos y con el agua á la cintura, hasta el borde de un abismo á donde jamás ser humano ha penetrado. El camino es dificil y aun peligroso, frio, privado de aire y desprovisto de toda comodidad. ¿Quereis, señores recorrerle conmigo?

—Lo agradezco infinito, dijo el coronel, estoy muy bien aquí, y me quedo.

—Yo tambien, respondió Arturo, que esta vez no tuvo necesidad de reflexionar mucho tiempo.

—¡Pues bien! yo, dije al negro, os seguiré hasta el fin.

—Estoy á vuestras órdenes. Avanzad, y yo marcharé detrás para advertiros en donde debeis deteneros, bajo pena de desaparecer en el insondable precipicio.

—Todavía otro sitio delicioso para los que quieran matarse agradablemente, y que recomendaré á las necesidades de mis compatriotas, dijo irónicamente el coronel.

Caminé penosamente durante un tiempo que me fué imposible apreciar exactamente. El negro me seguia de cerca. De repente dejó oír un formidable *stop* que produjo en mí un efecto eléctrico. Me detuve bruscamente como podeis figuraros. Era tiempo: estaba á dos pasos del precipicio.

Retrocedimos por el mismo camino.

—Me alegro infinito, me dijo sencillamente sir James, de que hayais llegado con felicidad. Temi por mi retrato comenzado.

—Sois muy bueno, coronel, repliqué yo; en efecto, un lienzo comenzado por un artista y concluido por otro, rara vez es bueno.

Cuando despues de haber repasado el mismo camino fuimos devueltos á la luz y á la atmósfera ordinaria, nuestro guia nos entregó un certificado haciendo constar que habiamos atravesado la catarata central. Este certificado, bastante original, está ilustrado por los dos lados de la hoja de papel con dibujos representando las caídas. Despues de unos versos en inglés, pintando la magnificencia del espectáculo, viene el certificado, concebido así:

«Sirva esto para certificar que Mr. (tal ó cual) ha pasado por bajo de la catarata central en la gruta de los Vientos en la isla americana, al pié de la isla de la Cabra.

»Dado por mi mano, en las Cataratas del Niágara (aquí la fecha).

»Firmado: N. H. TOHSON, propietario.»

Como veis, lector, la gruta de los Vientos y las tortuosidades que á ella conducen, son una propiedad particular. Esto es por lo menos original.

Vimos en la cabaña del guia, en donde nos quitamos nuestra vestimenta de lana y de tela encerada para volver á tomar nuestros vestidos ordinarios, un registro en el cual cada uno de los exploradores escribia su nombre con sus impresiones.

El coronel escribió:

«Morada agradable, pero un poco húmeda.»

Arturo trazó estas lineas:

«En la gruta de los Vientos yo no he pensado mas que en tres cosas: en la gruta, en el viento, y en mi sócio infiel.»

Yo escribí:

«La salubridad, en Paris, mandaria ciertamente á Mr. Tohson hacer reparaciones en su propiedad. ¡Pero reina tan grande incuria en la administracion por toda la América!»

Algunos detalles mas.

La catarata americana tiene 900 piés ingleses de ancho y cae perpendicularmente de una altura de 173 piés.

La catarata canadiana tiene 2,000 piés de ancho y cae desigualmente de una altura de 158 piés muy próximamente.

Por encima de la espantosa tempestad de agua, de la que todo cuanto pudiéramos decir no haria sino dar una idea muy imperfecta, es por donde el acróbata francés Blondin, cuyos audaces paseos todo el mundo conoce ya hoy, ha ejecutado sobre la cuerda tirante las mas extravagantes cabriolas. No tuvimos ocasion de ver las atrevidas empresas de Blondin, pero testigos oculares nos han asegurado que una ó dos veces habia subido á la cuerda una cocinita con el combustible necesario para hacer una tortilla. Colocada la cocina en equilibrio sobre la cuerda, este cocinero, de una fuerza rara, encendió tranquilamente su fuego, cascó los huevos y coció la tortilla, que revolvió muy hábilmente en la sarten. Despues, desembarazándose de sus utensilios de cocina, y no conservando mas que un asiento, pan, un tenedor y un cuchillo, se fué á comer su tortilla al mismo centro de la cuerda, que se encorbaba bajo sus piés como un bramante flojo. Veinte mil personas asistieron armadas de gemelos y anteojos de larga-vista, y anhelantes de emocion, á este acto de la mas grande temeridad, unida á la destreza mas admirable.

Las cataratas son desde hace mucho tiempo el teatro de muchas hazañas de este género, y los accidentes que allí han ocurrido son innumerables. Formaria un volumen muy interesante y muy conmovedor el relato de las diferentes anécdotas ocurridas en las célebres cataratas.

El primer hombre que puso el pié en la isla de Cabra fué el general americano Putnam durante la última guerra canadiana. Habia sido hecha la apuesta á que nadie en el ejército osaria atravesar las corrientes. Con esa temeridad que le ha hecho célebre, el general, viendo que nadie se presentaba, resolvió acometer aquella empresa temeraria. Eligiendo cuatro hombres de los mas fuertes y mas resueltos entre sus soldados, se embarcó con ellos en una canoa á cierta distancia de la isla, subiendo el rio. A la otra orilla, mozos robustos tenian agarrada una cuerda adherida á la canoa por una argolla de hierro. La embarcacion fué lanzada, y el capitán pudo alcanzar la isla, gracias á las buenas disposiciones tomadas, y gracias sobre todo á los cuatro soldados escogidos por él para acompañarle, y que remaron furiosamente para luchar contra la corriente. Desde la construccion del ligero puente de que hemos hablado, una escursion á esta isla es para todo el mundo un paseo tan agradable como seguro.

La rapidez de la corriente es tal, que ningun ser viviente, hombre ó animal, podria sustraerse allí luchando contra ella.

Hará unos sesenta años que un jefe indio, despues de una violenta disputa con su mujer, tomó filosóficamente el partido de ahogar su disgusto en aguardiente. Para embriagarse con mas comodidad, fué á tumbarse en un batel amarrado fuera del influjo de la corriente del Niágara. Durmióse con una botella medio vacía sobre el pecho, no pensando ya en su mujer y con las ideas mas risueñas. Pero ella no estaba tan tranquila: viendo con qué facilidad su esposo se consolaba de los pesares domésticos, concibió el abominable proyecto de vengarse por la muerte precedida de las torturas morales. Cortó la cuerda y empujó la canoa á la corriente.

—Anda á beber, le dijo aquella esposa feroz, todavía una vez mas y para siempre.

Flotó la barquilla suavemente, siguiendo el curso del agua, que no se precipita sino gradualmente.

El indio hubiera podido quizá salvarse en aquel momento volviendo á ganar la orilla á nado. Pero dormia.

La mujer aguardaba hosca y fija la mirada, la consumacion de aquel drama espantoso.

El barquichuelo siguió así muellemente el impulso de la corriente cada vez mas rápida, hasta la primera línea de escollos.

La sacudida fué violenta, y el jefe indio despertado con sobresalto, se incorporó en la barquilla como movido por un resorte.

Una mirada le bastó para convencerse que todo esfuerzo hecho para salvarse seria inútil. Un solo consuelo le quedaba.

Vió su botella, y, calculando los instantes que le quedaban de vida, bebió de manera que tragara la última bocanada de licor en el momento del salto fatal.

Siempre de pié y la mirada fija en el torrente, bebió hasta el borde del abismo.

En el mismo momento en que la canoa, medio destrozada ya, franqueaba el dique para desaparecer pulverizada por las aguas, se le vió sosteniéndose todavía en equilibrio en la parte posterior de la embarcacion, echada la cabeza atrás y apretando aun convulsivamente su botella, que tuvo el supremo consuelo de apurar completamente antes de morir.

He aquí ciertamente un individuo y un suceso dignos de escitar el número de los poetas báquicos, si existen aun.

Pero la mas curiosa, ó por lo menos la mas entretenida de las aventuras de que han sido teatro las cataratas, es ciertamente esta, que nos dió á conocer Arturo.

Hacia 1838 ó 39, los periódicos americanos anunciaron que iba á verificarse una esperiencia decisiva que resolveria por fin la cuestion, siempre debatida, de saber, afirmativa ó negativamente, si un ser viviente cualquiera podria ser precipitado en las cataratas sin hallar la muerte en ellas. En un día dado, un buque de grandes dimensiones, cargado con todas las especies de animales conocidos, salvajes y domésticos, debia ser entregado á las corrientes y dar por consecuencia el gigantesto y peligroso salto del dique formidable. Tambien anunciaron los periódicos que no costaria mas que un dollar por persona el ser testigo de esta curiosa esperiencia. Dirigióse una muchedumbre á las cataratas de todos los puntos mas ó menos cercanos de aquella frontera americana, y se citan aficionados que recorrieron trescientas leguas para asistir á esta representacion única de la formidable sumersion de la creacion entera, menos el hombre, se entiende.

Oíanse en aquella arca de Noé desdichada gritos, silbidos, mugidos, maullidos, rugidos, balidos y aullidos, que hacian estremecer el corazon de las naturalezas impresionables. Muchas gentes reian, sin embargo de haber afirmado no sé qué filosofo, que el hombre ha nacido compasivo.

Cuando hubo sonado la hora fatal, los animales fueron puestos en libertad sobre el puente, el buque remolcado á lo largo y despues abandonado impeliéndosele vigorosamente á las corrientes.

Navegó la embarcacion muy bien durante algunos instantes; pero al poco rato, bajo el influjo de la terrible cor-

riente, fué á chocar violentamente contra los escollos y acabó por detenerse entre dos grandes rocas que rasgaban la sábana de agua. Hubo entonces un espectáculo, el mas curioso del mundo y el mas pasmoso tambien.

Los animales, viendo el peligro, buscaron todos, segun su naturaleza y su grado de inteligencia, el medio de escapar de la muerte. Los osos y los monos se subieron á los aparejos para medir la distancia que les separaba de la orilla, echando de tiempo en tiempo sobre la hirviente catarata una mirada espantada. Otros animales corrian en todas direcciones por la embarcacion. Un pato, desvanecida la cabeza, se precipitó en el agua, imitando así al célebre Gribouille, que se arrojó al agua por miedo de mojarse. Algunos animales parecian aguardar resueltamente una muerte inevitable. Otros temblaban haciendo resonar el aire con sus gemidos. Los espectadores aplaudian y reian con toda su alma. Durante mas de dos horas, la embarcacion quedó detenida así; pero habiéndola impulsado por uno de los lados una corriente de agua, continuó su ruta sin otro accidente hasta el instante supremo en que franqueó la catarata.

Todos los animales, en número de muchos cientos, desaparecieron con el barco en el abismo. Ninguno reapareció, excepto un pato que se recogió al siguiente dia, sin otra avería que una ala rota. Este pato, comprado por Barnum, fué enseñado en el museo de Nueva York como una curiosidad sin par.

(Se concluirá).

IGLESIA DE SAN ANTONIO DE PADUA.

¿No nos creeríamos desde luego estar viendo alguna mezquita de Oriente al considerar el aspecto de ese triple orden de cúpulas y de esas elegantes medias naranjas parecidas á alminares? Pero un momento de exámen basta para disipar el error, y muy pronto conocemos en el edificio que lleva esos adornos los caracteres que tomó en Italia la arquitectura gótica. Las cúpulas de la iglesia de San Antonio de Pádua no son de la época en que los modelos bizantinos importados á Italia, en que San Vital de Ravena y San Marcos de Venecia eran imitados en todas partes. Mucho mas modernas estas cúpulas que lo demás de la iglesia (concluida en 1307), han sido anadidas, segun dicen, en el siglo XV; pero evidentemente la construccion estaba preparada para recibirlas, y las que en el dia vemos, han reemplazado quizá á otras mas antiguas. Nicolás de Pisa, fué quien, segun Vasari, trazó los planos y dirigió primeramente los trabajos, teniendo á la vista en su mismo país una iglesia construida en el siglo XII, cuya cúpula oriental se halla colocada sobre una basilica latina.

La iglesia, segun puede juzgarse, ha tenido varias reformas despues de concluida; porque la devocion á Antonio *el santo*, como le dicen en Pádua, sin añadir ningun nombre á semejante calificación, es muy fervorosa con el santuario donde están encerradas sus reliquias; y las innumerables ofrendas que enriquecen la iglesia, han permitido á esta repararse frecuentemente y embellecerse con nuevo gusto. La capilla de San Antonio, mantenida con esmeradísimo cuidado, está siempre llena de personas piadosas venidas á veces de lejos para arrodillarse junto al sepulcro del santo

y tocar la placa de bronce que cubre sus reliquias. El altar está lleno de ofrendas, y toda la capilla se halla iluminada con el esplendor de los cirios. Merece, además, visitarse por la elegancia de su arquitectura, á la que concurren tres artistas del renacimiento, Andrés, Briosco, llamado Riccio, Sansovino y Salconetto, y tambien á causa del mérito de los altos relieves de Sansovino, de Minello di Bardi, de Cataneo Danese, de Campagna, de Tiziano Aspetti y de los hermanos Lombardi, que revisten sus paredes; mas tampoco debemos olvidar las finas esculturas de adorno que decoran las pilastras en las dos estremidades del hermoso pórtico que cierra la entrada.

A los lados del altar mayor se ven las estatuas de bronce de dos santos, hermosos, trabajos de la escuela de Donatello. Este gran maestro es tambien el autor de los bajos relieves que á la entrada del coro representan el ángel, el leon, el águila y el buey, símbolos de los cuatro evangelistas, que son de admirable estilo. Toda la circunferencia del coro se halla adornada con bajos relieves de bronce que forman una série de cuadros cuyos asuntos están sacados del Antiguo Testamento, y los elogiaríamos mas si los recursos propios de la pintura no se confundiesen demasiado con los convenientes á la estatuaría. Casi todos son de Villano de Pádua. Los que representan la historia de Judith y el triunfo de David, por Riccio, se distinguen en la mayor amplitud de la composicion y del dibujo, y el que figura la muerte de Sanson, que es de Donatello, tiene mucha expresion y vida. A este último atribuyen tambien un gran crucifijo de bronce colgado detrás de los sillones del coro, pero es difícil apreciarlo en la altura en que se halla.

De las demás partes de la iglesia mencionaremos únicamente las obras que nos parecen mas dignas de atencion.

El candelabro de bronce que vemos á la derecha del coro es tambien una célebre obra de Andrés Riccio, que, segun afirman, le costó diez años de trabajo; la composicion es estremadamente rica, el dibujo elegantísimo y el cincelado de admirable delicadeza. Se conoce en él el renacimiento italiano con mezcla de asuntos sacados á la vez de las escrituras y de la mitología pagana.

Todos los bajos relieves de bronce que adornan la parte anterior del altar de la capilla del Santísimo Sacramento son del mismo artista. En el del medio, que es de mayor tamaño, está representado el Salvador resucitado y puesto de pié sobre el sepulcro, entre dos ángeles; en los otros, colocados á cada lado como unos cuadros, se ven los milagros principales de San Antonio.

La capilla de San Félix, que por el lado opuesto está frente á la de San Antonio, se halla decorada con frescos de Jacobo de Avanzo y de Addighieri de Zevio, que vivian en el siglo XIV. Estos frescos, aunque han sufrido á causa de un largo abandono y todavia mas por la torpe restauracion que se les hizo en el siglo último, producen aun en la actualidad muy buen efecto. A la izquierda notaremos principalmente la pintura donde está representado el sitio de una ciudad y el gran Calvario que llena todo el fondo. Un tránsito que separa la sacristia de la capilla de San Félix contiene los sepulcros góticos de dos condes de Pádua, adornados con pinturas al fresco de la escuela de Giotto. Una de las dos está casi borrada, mas la otra que representa la coronacion de la Virgen, es digna de este objeto.

Al visitar la sacristia notaremos unos armarios adornados con grandes figuras de embutido por Canoso de Vene-



Iglesia de San Antonio de Padua.—Dibujo de Therond, sacado de una fotografia.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 18

cia, artista del siglo XV, quien, igualmente que Mantegna, fué discípulo de Squarcone; estos embutidos no solamente son notables ejemplos de un arte cultivado con éxito en Italia por aquella época, sino obras de un estilo grande.

A los lados de la nave principal se hallan colocados bustos y monumentos funerarios, de los que algunos son buenas obras de escultura. El mas encomiado es el sepulcro de Contarini, cuyo dibujo se atribuye á San-Micheli, pero nos parece mas rico que verdaderamente hermoso.

LOS NUEVOS ORGANOS DE LA CIENCIA. En proporcion que se aumentan las relaciones de los pueblos, la ciencia gana al mismo tiempo en verdad y en profundidad. La creacion de nuevos órganos, por que así pueden llamarse los instrumentos de observacion, aumenta la fuerza intelectual y frecuentemente tambien la fuerza fisica del hombre. Mas rápida que la luz, la corriente eléctrica en circuito cerrado lleva el pensamiento y la voluntad á los paises mas remotos. Llegará dia en que fuerzas que se ejercen tranquilamente en la naturaleza elemental, como en las delicadas celdillas del tejido orgánico, sin que nuestros sentidos hayan podido descubrirlas todavía, reconocidas al fin, aprovechadas y llevadas á altísimo grado de actividad, ocuparán puesto en la infinita série de medios, por los cuales, haciéndonos dueños de cada dominio particular en el imperio de la naturaleza, nos elevamos á un conocimiento mas animado y mas inteligente del conjunto del mundo.

HUMBOLDT, *Cosmos*.

CONSECUENCIAS DE UN CAPRICHIO.

(Conclusion).

III.

Nada menos que algunos años pasaron antes que Peñalonga tornase á Nápoles despues de haber recorrido los principales estados en que se hallaba dividida la peninsula italiana, comisionado por el gobierno español de varias negociaciones diplomáticas, para las cuales manifestaba notable travesura. Durante este tiempo la posicion de Gulnara habia mejorado en gran manera. A fuerza de sumision, paciencia y disimulo (consecuencia natural de la esclavitud del cuerpo é independencia á que el alma aspira siempre por su origen divino) habia logrado captarse la voluntad de Caracciolo, en términos que, á pesar de lo elevado del rango de éste, sin los antecedentes poco favorables de la extranjera hubiera pasado á legitima consorte del atollado que en una noche de fatal memoria la cambió por unos cuantos puñados de oro. Pero si las consideraciones sociales estorbaron al marqués darla el título de esposa, no fueron bastante á impedir reinase sin rival como señora de su voluntad, en términos que personas graves y del mayor respeto, usando la conveniente reserva, se creyeron obligadas á manifestarle las muchas hablillas que su incli-

nacion á la seductora mahometana estaba produciendo entre la gente vulgar, siempre dispuesta en todas épocas, como lo prueba el suceso de la cola del perro de Alcibiades, á ocuparse con preferencia en lo que menos la importa, por mas que entre ella se cuenten sugetos muy condecorados. Oyólos á todos con atencion reposada y á vuelta de meditar sus razones, dedujo de ellas era necesario procediese con mas cautela, pues en cuanto á renunciar á la agradable amistad de aquella su esclava con cadenas de oro, así pensaba en ello como por los cerros de Ubeda. Para esto dispuso trasladarla á una risueña y escondida quinta ó vila (que así nombran en la campiña romana y en mucha parte del reino de Nápoles á las casas de recreo) que poseia en la falda del Vesubio, donde mandase como dueña, y en la que lejos de testigos importunos pudiese él abandonarse sin reserva á su dominante aficion cuando bien le placiese, desvaneciéndose así con el apartamiento de la piedra de escándalo los rumores injuriosos á sus buenas costumbres.

En esto aconteció el regreso de Peñalonga, que tan cuidadoso por reanudar la intimidad con sus compañeros de desórdenes como olvidadizo con respecto á la fé comprometida, ni una palabra preguntó al marqués acerca de la hija de Hussein, á pesar de ser aquel uno de sus predilectos amigos, si bien creemos habria mas estudiado disimulo que falta de memoria en su conducta, anhelante de ahogar dentro del pecho acusadores recuerdos, no calculando que las fuertes alabadas de su corazon, agitado por tanta villanía habian de resonar mas alto á medida que el silencio fuese mas profundo. Sea como fuere, llegó un dia que paseando por la famosa calle de Toledo acercóse á él Caracciolo y sin entrar en preámbulos de ninguna especie le dijo:

—Gracias al diablo que te encuentro al cabo de largo rato que te ando buscando, comisionado por Gulnara de convidarte á cenar esta noche en su quinta del Vesubio: ella es caprichosa, ha tomado con empeño celebrar el aniversario del dia en que pasó á mi poder, y hubiese sentido no complacerla.

—¡Por Dios que me sorprendes con esa inesperada invitacion! asistiré puntual, aunque no sea mas que por lo peregrino de la ocurrencia! ¿Y Gulnara espontáneamente se ha acordado de mi?

—Con grande interés.

—¡Oh sirena engañosa, comprendo tus intenciones! pensará tal vez ¡cuitada! darme enojos con su próspera fortuna, haciéndome caer á sus piés celoso y arrepentido de lo que llamará culpable ingratitud. ¡Necia esperanza, pronto será desvanecida con mi desden! ¿V ha causado el tiempo muchos estragos en su belleza? ¿Qué tal se mantiene?

—Hermosa como siempre; te aseguro que celebrarás volver á verla, y sobre todo á un travieso niño que, respetando los incuestionables derechos que sobre él tienes, segun revelan los marcados rasgos de su fisonomía, estoy pronto á cederte, aun con perjuicio de mis intereses.

—No tengo ninguna curiosidad de conocer á ese tierno vástago.

—¿Con que así has olvidado la aficion que un dia cambió tu servidumbre en feliz bienandanza?

—Marqués, amor pasado guiso trasnochado. ¿Dónde hemos de reunirnos para acudir á la cita?

—Al anoecer, solos y á caballo en Villa-Reale.

Como á tres leguas de la ciudad se encontraba situada la